

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Nuestras jamonas.



—Decididamente los hombres están muy preocupados con la guerra de Cuba. Ya, ni pagándolo á peso de oro, encuentra una persona de buen ver quien la llame pimpollo y vida y gloria y cielo...

SUMARIO

Texto: De todo en poco, por Luis Tabcada.—Diálogo andaluz, por Salvador Rueda.—Canariol, por Eduardo de Palacio.—El triunfo del arte, por Luis de Ansoarena.—Palique, por Clarín.—Una boda en Pink-Foek, por Juan Pérez Zúñiga.—Amorosas, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Nuestras jamonas.—En las butacas.—Principio de temporada (cinco viñetas).—Un recién llegado.—La última desilusión, por Cilla.



Mal comienza este año la temporada cómica.

Los autores no han hecho hasta ahora cosa de importancia, ni se ha revelado ningún actor notable, como era de esperar, dado el número de nombres nuevos que figuraban en los elencos de las compañías.

Siempre que da principio una temporada, óyese decir á algún aficionado de esos que llevan en la punta de los dedos la historia y vicisitudes del arte:

—¿No han visto ustedes un chico nuevo que trabaja en el Español?

—¿De quién habla usted? ¿De Rebollo?

—Sí, señor. ¡Vaya un artista! Ése va á quitar aquí muchos moños.

Y efectivamente, el nombre de Rebollo se extiende por todos los teatros y llega á constituir una verdadera obsesión para los cómicos viejos.

Dice uno:

—Yo no le encuentro ese mérito que dicen.

—Porque querrá usted negar la evidencia—replica al aficionado entusiasta;—pero Rebollo está llamado á llevarse los aplausos. ¿Le ha visto usted hacer el Aquilino de *La monja atropellada*? ¿No? Pues entonces no hable usted de lo que no sabe.

—¿Es mejor que Mario?

—¡Ya lo creo! Y mejor que Rossell, y que Romea, y que Rodríguez y que Garagarza.

—Á ese Rebollo le tuve yo en Pamplona de segundo apunte—añade otro cómico viejo, con ademán despreciativo.

—No lo dudo; pero eso no quita para que sea un actorazo... Mire usted lo que son las cosas: el pobrecillo estaba sin contrata, viviendo con un guardia municipal paisano suyo, y cuando fueron á contratarle se lo encontraron en cueros, como quien dice, detrás de una cama, porque no tenía ni ropa que ponerse. Para asistir al primer ensayo tuvo el guardia que prestarle un capote suyo bastante usado y una gorra que ya no se ponía.

Casi todos los años surge un actor notable, y después resulta que ni es actor, ni notable, ni Cristo que lo fundó.

Pero aún falta que se inauguren dos ó tres teatros, y es posible que todavía brote algún genio, cosa que nos convendría muchísimo.

* * *

Porque aquí están haciendo falta dos cosas: una buena escudra sin Beránger y un buen actor que haga el repertorio de Eguílax.

Desde que se murió un llamado Morcilla, por mal nombre, no hemos vuelto á oír *Grasalema*, que es un drama moruno ó morucho, versificado todo él, de arriba abajo. Ahora no hay quien se streva con ciertas obras de mérito reconocido, y Eguílax, Rubí y otros autores que hicieron las delicias de nuestros papás yacen en el más terrible de los olvidos. ¿Por qué? Porque no hay actores, como dice un bailarín viejo y desengañado del mundo.

En cambio tampoco hay actrices.

Las tres ó cuatro que tenemos no consiguen emular las glorias

de Teodora Lamadrid, Matilde Díez, Elisa Boldán y otras que han dado brillo á nuestro teatro.

Esto no lo digo yo; esto lo dicen los eternos llorones que andan por los teatros poniendo defectos á todo lo existente y asegurando que «el tiempo pasado fué mejor», como decía Jorge Manrique.

—Ya no hay arte, ni actores, ni gusto, ni críticos—exclamaba uno, llevándose las manos á la cabeza.

—¡Hombre! ¿Qué tiene usted que decir de la Guerrero?—replicaba otro.

—Ya se conoce que no ha visto á la Rita Luna. ¡Aquélla sí que era una cómica!

—¿La ha visto usted?

—Yo no, señor, porque me crié en Redondela con un tío mío sacerdote y una cabra; pero he oído hablar mucho de la Luna y de Lotórr y de Guzmán. ¡Qué cómicos aquéllos!

Yo no sé hasta qué punto podrán tener razón los enemigos del arte contemporáneo; pero lo que sé decir es que en los tiempos de la Matilde brillaba aquí Cañete como poeta de imaginación volcánica.

* * *

Reina el pánico entre los cocheros de punto, pues se dice que el alcalde va á introducir en el servicio reformas que pueden perjudicarles en sus intereses.

Los que al fin y á la postre saldremos pagando las reformas seremos los infelices vecinos de Madrid.

¡Valiente cuidado le da al Alcalde que nos perjudiquemos nosotros! Él tiene su coche pagado de los fondos municipales, y se ríe de los *simones y manuelas*.

En el mismo caso se encuentran los ministros, y aún los subsecretarios, dueños «accidentalmente» de preciosos carruajes que paga el Tesoro público.

Cerca de mi casa vive un subsecretario, y la esposa de éste se pasa el día asomándose al balcón y diciendo en voz alta al lacayo, para que la oigan los vecinos:

—Emeterio, que desenganchen.

—Emeterio, que arrimen.

—Emeterio, suba usted á por los abrigos de *peluche*, que vamos á salir.

El coche lo paga el Estado, pero quien lo luce es la subsecretaria y una hermana que tiene más fea que un dolor, la cual hermana usa el vehículo para todo: para ir á misa, para visitar á sus relaciones, para pasear por el Retiro y para ir á la compra por las mañanas.

Yo no sé á qué hora descansarán el cochero y las pobres bestias, porque el coche se halla constantemente á disposición de la funcionaria, que brinda con él á cuantas personas entran en aquel domicilio.

—¿Se va usted ya, D.^a Mariquita?

—Sí, señora; voy á ver á la lavandera, que me ha perdido un cuello de mi esposo.

—Pues use usted *nuestro* carruaje... ¡Emeterio, dígame usted á Juan que arrime!

Y D.^a Mariquita, la amiga de la subsecretaria, se va á ver á la lavandera, con gran sorpresa de los vecinos, que dicen abriendo mucho los ojos:

—¡Jesús! ¡Qué cosas se ven! ¡La *señá* María en coche de dos caballos! ¡Y con galones!...

Luis Tabcada.

* * *

Diálogo andaluz.

Al pie de reja florida que de Málaga es ornato se mira á un organillero ante el carrillo parado. En vez de darle al manubrio, á la lengua le está dando, trabado en chécher alegre con una moza del barrio. Ella está tras de la reja y él con dos ojos mirando,

porque camela á la moza aunque ella no le hace caso.

—¿Qué quiere usted que le toque, linda mozceta de nardos?

—Pues que toque usted á irse con la música á otro lao.

—Desde la punta der muelle vine del carro tirando pa tocarle lo que quiera, si quité fandango, fandango;

si soleás, soleares;
si merengues, merengazos;
lo que quiera esa boquita
sale de aquí resonando.
—¡Es mucho que una no pueda
sentarse á la reja, yamos!
—Quien tiene mi corazón,
de sentarse, espanchurrao,
se pué sentá manque sea
á la diestra de Dios Santo.
¡Vaya una mata de pelo!
¡Quién la tuviera en la mano!
¿Le robó usted al sol, madrina,
esa madeja de rayos?
¿Sabe usted lo que jiciera
con ojos, flor de granao?
Pues una hamaca de oro
pa en eya estarme soñando
con esa cara divina.
—Pero ¿usted no ve, cristiano,
que pesa mucho, pa ir
de mi caballo corgao?
—¿Pesar? Menos que esa flor
que en su pelo estoy mirando.
Sepa usted que cuando un hombre
está, cual yo, enamorado,
ni pesa, ni tiene cuerpo,
ni cosa de ser humano,
y en cuantito que le soplan
se está revoloteando,
como una pluma, en el aire
hasta que quieren pararlo.
—¡Ja, ja!

—¿Lo toma usted á risa?
—Para reirse es el caso.
¡Tendría que ver un hombre
dando en el viento bandazos!
—Pues para que usted se ría
lo dije, flor de granao.
¿No está usted viendo que así
ahora me estoy recreando
en su boca, que es más roja
que las flores del granio?
Eso es la puerta del cielo.
—Me está usted ruborizando..
—¿Quiere usted darme, madrina,
con esa *puerta* en los labios?
—¡Pues no pide nada el hombre!
—No pido más que un portazo;
si es cierto que no me quiere,
deme con eya de plano.
—En punto á labia y á pico
no está usted mal despachao;
su lengua es como un reló
que va y viene sin descanso.
—Para reló, el que yevo
aquí en el pecho encerrao;
solamente por usted
se está siempre meneando:
pensando en venir á verla,
da los minutos, los cuartos,
y ca segundo que pasa

le está pareciendo un año.
—Es decir, que *da la hora*.
—¡Y á un reló que vale tanto,
usted lo trata, arma mía,
lo mismo que á un estropajo!
Si quisé usted fregá con él,
ahora mismo me lo saco.
—Déjelo usted donde está,
que ahora están limpios los platos.
—Viá jacé una tomiza
con él, pa atarla á su mano
y que tras eya me yeve
como un borreguito manso.
—¡Le iba á usted á dolé muchísimo
si yo le fuera tirando!
—Tirar de mi corazón
como tiro yo del carro
donde la música yevo,
sería darme un gustazo.
Más piezas que un organiyo
mi corazón va tocando,
pero las toca muy quedo
y es mester yevar pegao
contra mi pecho el oído
pa oír lo que va cantando.
¿Quiere usted que el corazón
le acerque, clavel temprano?
—Y ¿qué polka tocaría,
la polka del *detengaiño*?
—La polka de la *verdad*,
como nunca se ha tocado;
con esa polka, á la reja
serenata le estoy dando,
para que usted crea en mí,
hace lo menos un año;
pero como usted es más dura
que esos hierros enlazados,
las notas del alma mía
el viento las va yevando.
¿No merece pago alguno
este amor en que me abraso?
—Yo no debo nada á nadie,
porque cuando debo, pago.
—Pues á ver si paga usted
las penas que estoy pasando
después que usted haya oído
del organiyo este tango;
verá usted cosa bonita.
Y el manubrio volteando,
tocó un tango melodioso
de mucho dejo cubano.
—Es nuevo y es muy bonito;
ya ve usted cómo lo pago
—ella dijo, y en la calle
vibró un sonido metálico.
—¿Me va usted á soltar el *perro*?
—él murmuró suspirando,
y cogiendo la moneda
dijo, corrido del caso:
—¡Si tendrá guasa la niña!
¡Diez céntimos... y son fakos!

Salvador Rueda.

¡Canario!

Le llamaban al *Canario chico*, tal vez para diferenciarle de otros señores, también canarios mayores y de importancia política.
Canario chico cantaba por lo alto como un ángel canario.
Malgueñas, sevillanas, tangos y cuantas variedades se conocen en la rica colección de cantares «flamencos», mal llamados así.
La voz de *Canario* era una maravilla de dulzura, extensión y pureza en el género.
Pocas personas podían oír ó sentir el cante del chico sin conmoverse.
Particularmente ellas, las muchachas sensibles y soñadoras sin darse cuenta de ello.
—¿Canta el *Canario chico*? Pues allá vamos—decían varias señoritas aficionadas.
—¡Ay, mamá, qué canario!—solían exclamar tiernísimamente algunas más apasionadas por la música.
—Yévanos ar *Canario*, papá.
—¿Cómo al *Canario*?—preguntaba papá indignado.
—Á sentir al *Canario chico*.
Era una revolución el anuncio de un concierto en el que tomara parte el *Canario*.
Que la sociedad... filarmónico-poética y «desajogá» no podía vivir sin el pájaro cantor.

Algún maestro de música adivinó en el chico un tenor de primera fuerza, y hubo zarzuelistas que le odiaron por no poder competir con aquel fenómeno lírico.

Por fin, *Canario chico* pensó en su porvenir y en el de las clases de cante, y se dijo, ó supongo yo que se diría:

—Quiero ser Ruiseñor; basta de *Canario*.

Y dicho y hecho.

Estudió el repertorio, ensayó y se lanzó.

Las crónicas aseguran que *Canario chico* ha cantado ya *La Marsellesa*, *La tempestad* y otras zarzuelas, en teatros de segundo y tercer orden de la provincia de Sevilla.

El éxito ha sido extraordinario, según añaden las noticias: el muchacho ha rayado donde no pudieron rayar algunos de los *divos*.

Algún que otro defeto de pronunsiación y na má le censuran los que le han oído *de cantar en serio*.

Modula muy bien, da expresión á las palabras, frasea con sortura, manque dificultosamente en ocasiones, y conmueve y entusiasma á la par.

Las ovaciones con que recompensan «los públicos» su labor artística auguran brillante porvenir al simpático y estimable *Canario* ó ex *Canario chico*.

Viste bien, con sujeción á la época en que ha puesto el autor la acción de su obra.

Tiene figura y fisonomía propias.

Por fin, todo lo que se dice de los artistas que *debutan*.

Ahora va á cantar en otras provincias, y después será posible que le «sintamos» en algún teatro de Madrid, de los de mayor publicidad.

No he visto su retrato, porque no le han publicado «otavja».

Hay quien dice que ex *Canario chico* piensa perfeccionarse en Italia.

Pero sería una lástima, porque nos privaría del gusto de oírle pronto, y porque, tal vez, se echaría á perder para cantar zarzuelas.

Eduardo de Palacio.

EN LAS BUTACAS



—¿Se ha fijado usted en que siempre empiezan á funcionar los teatros con obras viejas?
—Sí, pero con botistas nuevas, que es á lo que vamos, es decir, que es á lo que venimos.

PRINCIPIO DE TEMPORADA



—Está visto. Todo el mundo cuenta con obras de Ramos, ¡que es contar!, y a mí, que tengo doce zarzuelas acabadas, nadie me dice «por ahí te pudras».



—¿Qué te ha dicho Palacios?
—Que tiene que consultar con Perrin.
—¿Y qué te ha dicho Perrin?
—Que tiene que consultar con Palacios.



—Yo daría el papel a Julio Ruiz, que lo haría divinamente. Pero ¿y si tiene una indisposición el día del estreno? ¡Me parte por el eje!



—Este año salgo del corte; si no me saca la empresa me sacará Telesforo que va a heredar una dehesa.



—No sé si hacerme Moncayista ó Manolo-Rodriguezista. A la postre puede que me decida por Charito, que parece que va teniendo público...

El triunfo del arte.

I

Tiró el pincel el artista
y, acercándose al modelo,
en sus encendidos labios
dejó apasionado beso.
Y con entusiasmo loco
dijo á la mujer:—¡No puedol...
¡Te amo, mi bien, demasiado
para retratar tu cuerpo!
Mi mano no tembló nunca
en el artístico empeño
y supo á la blanca tela
trasladar mi pensamiento.
Para mí, no tuvo el arte
ni obstáculos ni secretos...
Profanos é inteligentes
humilláronse á mi genio,
y adquirí, tras corta lucha,
fama y nombre de maestro...
Mas era... porque al pintar,
entregada por completo
á la tarea, quedaba
libre el alma de otro anhelo;
y ahora, al contemplarte, olvido
entusiasmos de otro tiempo,
y el ansia de gloria muere
ante el ansia de tus besos! —
Y, al oírle, la mujer
le echó los brazos al cuello
y murmuró con orgullo:
—¡Así es como yo te quiero!

II

Apartándose del cuadro,
tras trabajar mucho tiempo,
—¡Acertél... Descansa un poco—
dijo el artista al modelo.—
Ruda ha sido la batalla,
pero ha vencido mi esfuerzo,
y tu sin par hermosura
queda trasladada al lienzo.
Acércate.. y me dirás
si puedo estar satisfecho.—
Y ella, obediente al mandato,
se levantó de su asiento
y, ocultando su tristeza,
miró al cuadro y pensó luego:
—Verdad... Triunfó como dice...
El parecido es perfecto...
Ya puede copiar las gracias
que tanto le conmovieron...
¡Triunfó!... ¡Mas maldito el arte,
que al fin me roba sus besos
y que dió muerte á mi amor
al darme vida en el lienzo!

Luis de Ansorena.



UN RECIENTE LLEGADO



—¡Concho, qué mujer! ¿Será una duquesa caprichosa de esas que dice mi padre que á lo mejor se enamoran de los provincianos y hacen que les den un empleo en Gobernación en seguida?

PALIQUE

Hay en América, en Santiago de Chile, un señor que con la mayor buena fe se propone convertir al mundo á fuerza de folletos.

Yo recibo uno de esos libritos cada poco tiempo, y si ésta es la primera vez que hablo al público del Sr. D. Juan Enrique Lagarrigue, que éste es el nombre del apóstol chileno, no es porque hasta ahora no me haya fijado en su incesante y activa propaganda.

El Sr. Lagarrigue es un positivista de los que han tomado en serio la religión y el pontificado de Augusto Comte, y escribe cartas á diestro y siniestro queriendo persuadir á todos de la necesidad de entrar en la iglesia positivista cuyo San Pedro fué el jefe de la escuela. Sabido es que muchos discípulos de Comte, para disculpar al maestro que acabó por fundar una religión y decla-

rarse algo así como papa de la misma, dijeron que el ilustre pensador se había vuelto loco. Yo no sé lo que habrá de esto, pero sí sé que el Sr. Lagarrigue acabará por volvernolocos á los que leemos sus folletos y no acabamos de convencernos.

En otra ocasión, el positivista chileno se dirigió á D. Juan Valera, que le contestó con la gracia y la finura del mundo.

Ahora Lagarrigue la emprende nada menos con Tolstoi, que no necesita que nadie le venga con religiones, porque él tiene la suya, aunque no se ha proclamado ni papa ni pope (clérigo ruso).

El librito de que se trata ahora dice en la portada: *Religion de l'humanité—Ordre et progress—Vivre pour autrui—Vivre au grand jours.*

El programa se parece un poco al del Día.

Y después (todo en francés) leo: Carta á M. León Tolstoi—Año CIX de la gran crisis.

Ya saben ustedes que los positivistas que practican tienen su calendario especial, como lo tuvo la revolución francesa, y sus fiestas, y sus santos, que son los grandes hombres.

Aunque los positivistas más importantes no siguieron al maestro en estas aventuras de religión, con jerarquía y disciplina copiada, dice un crítico, de la iglesia romana, Augusto Comte tomó muy en serio su invención peregrina y su tiara filosófica. El papa del positivismo era para él una persona real y efectiva, como que era él mismo; no así el dios del positivismo, al que llamó el *Gran Ser*. Según Comte, este *Gran Ser* no existía, lo que se llama existir, pero era un ideal edificante que debíamos considerar como existente. Algo parecido dijo después Vacherot, que acaba de morir muy viejo; para éste, lo existente no era perfecto, y lo perfecto no existía; Dios era perfecto, pero no podía existir. Si el loco aquel que se creía la Santísima Trinidad hubiera opinado como Vacherot y Comte, no hubiera dicho que gastaba muchos zapatos porque eran tres á romper. Los dioses perfectos, ideales... que no existen no deben de romper zapatos. Más bien son rompa-cabezas.

Augusto Comte había llegado, pese al rigor árido de su sistema, á cierto sentimentalismo, tal vez inducido por su amor platónico á la célebre Clotilde de Vaux, que le correspondía... *sub specie eternitatis*. Ello fué que cuando Comte murió hubo una seria disputa entre su mujer, que quería enterrarlo según la iglesia católica, y los discípulos prácticos, como Lagarrigue, que querían llevarse el muerto para enterrarlo á su manera.

Por Europa, el positivismo religioso no tomó gran incremento. En América, en la del Norte, no faltó quien procurase mantener la secta. No hace muchos años, el fisco pretendió, en los Estados Unidos, cobrar contribución por el local que ocupaba cierta sociedad positivista; pero los filósofos se negaron á pagar un céntimo, fundándose en que allí los institutos religiosos no pagan, y el positivismo es una religión.

Si en España hubiera leyes así, y á los cultos no oficiales en vez de tapiarles las puertas se les perdonara la contribución... no habría sociedad de baile ni círculo conservador que no se declarase iglesia.

Pero volvamos al Sr. Lagarrigue, de quien confieso que me había olvidado.

Este señor parece modesto; se contenta con ser propagandista de ideas viejas, sobadas, olvidadas; y sin embargo, puede que le sepa mal lo que le tengo que decir.

El Sr. Lagarrigue no es filósofo; no es más que un *snob* de la filosofía, víctima de la sugestión... y acaso del aislamiento intelectual.

Hablando de los jóvenes maestros de la novísima filosofía francesa, dice un crítico que no se leen unos á otros, porque cada cual cree que los demás están equivocados.

El Sr. Lagarrigue no se tiene por maestro... pero se me figura que sólo dice misa por su misal.

A mi ver, no estudia con atención é imparcialidad lo mucho que hoy se escribe de filosofía: en sus folletos el positivismo no lucha contra las teorías críticas, serias y profundas, que hacen tanto tiempo vienen atacando por su base el positivismo.

Todo lo que Lagarrigue dice parece cosa de un positivista de *escalera abajo*, de un aficionado de hace veinticinco años... que sólo leyera á Comte. El positivismo de Lagarrigue es como el de Rubinat y Laffitte, del cual ha dicho Lionel Dauriac es como el de Rubinat y Laffitte, del cual ha dicho Lionel Dauriac es como el positivismo estático, *ne varietur*, que vale tanto como muerto.

Este mismo Dauriac ha escrito que, por la invención del «Gran Ser» ó «Gran Fetiché.» Comte condujo á muchos de sus discípulos al estado de fetichistas.

¿No teme el Sr. Lagarrigue ser uno de éstos?

El Sr. Lagarrigue hace alarde de creer en la necesidad moral del *altruismo*.

Pues yo le propongo que deje á otros más originales, más espontáneos pensadores tratar de Dios y del Universo. Sería esta una inhibición completamente *altruista*.

Una filosofía que pide, como la de Lagarrigue, que haya un papa laico en París... debe ser *altruista*, esto es, dejar el puesto á otra filosofía algo más seria.

Clarín.

*

UNA BODA EN PINK-PONK

Señoras: para rarezas, las que se ven en Pink-Ponk, así que dista dos millas, digo, dos millas, de Onslow, á mano izquierda conforme se sabe. ¿Qué admiración me causaron los detalles del casamiento de un lord con una *lorda*? ¡Qué extrañas ceremonias! En fin, yo voy á contarles á ustedes, si me prestan atención, de qué manera se casan las pink-ponkeras con los valientes pink-ponkeritos que las hacen el amor.

Llega el día de la boda. La novia se baña al sol y se seca revolotándose en un barreño de arroz

con cangrejos, y en seguida se corta con un sifón las uñas del pie derecho, mientras el gobernador civil, vestido de charra, la lee la constitución.

Después de arreglarle el moño, va á que la claven la flor de asabar en una herrería y á que su madre, ó si no su primo más inmediato, la ponga un vestido *ad hoc*. Entre tanto, el pobre novio sale de su habitación en calzoncillos, con daga, casulla blanca, reloj de pared, tricorneo, guantes, alpergatas y bastón.

Pero no crean ustedes que va de su novia en pos

á pie, que le lleva en brazos la madrina: es de rigor. Y la madrina, que tiene que ser birca de los dos ojos, va al acto vestida de hombre y con un bote de cerveza en el bolsillo, y en fin, en sustitución del padrino, lleva el novio consigo al acto un fagot con el que da el sí á la novia cuando llega la ocasión.

Á las ocho de la noche (si mal no recuerdo yo) se celebra el desposorio en un modesto salón de limpiabotas, con élamos y palmeras y un farol en el centro. Un sacerdote de la Alcarria da una voz á los contrayentes, que entran en el recinto con los invitados, y al instante da principio la función.

Primero entrega la novia al novio una coliflor, y el celebrante les larga varios esmos en calor. Se tiran de las orejas los concurrentes, y al son de una gaita, se echan todos á nadar en un perol muy grande que hay en la puerta lleno de agua de limón,

mientras el Gran Mastodonte les bendice con fervor, y le aplica á la madrina, para acabar, treinta y dos sanguijuelas en un sitio que no quiero nombrar yo.

Después de esto, las personas que han visto la operación, se reúnen en el parque de artillería de Onslow á cenar unas judías estofadas, en unión del sultán y del obispo, hasta que llegan las dos de la mañana y los novios se van á su habitación (murmurando una plegaria japonesa) en un landó tirado por seis tortugas y al compás de una galop que la madrina les va tocando con un tambor.

Quedan solos. Del remate del acto no hay precisión de hablar, porque viene á ser, según es pública voz, sobre poco más ó menos, lo mismo que en Nueva-York y en París y en Baden-Baden y en Egipto y en Chinchón.

Después de lo referido díganme ustedes si no se queda uno estepefacto viendo una boda en Pink-Ponk,

Juan Pérez Jiménez

*

Amorosas.

Fué siempre fea la infeliz Dolores. Ha pasado treinta años cultivando el rosal de sus amores, ¡y una por una se le caen las flores sin lachas, sin placer, sin desengaños!

Comprendo, señor cura, que esta pasión impura que siento por la hermosa Rosalía no es digna de perdón... porque es pecado; mas, como la persigo y no he triunfado, no puedo arrepentirme todavía.

El uno la da millones, trajes y piedras preciosas; el otro gasta esas cosas y la trata á pescoznos. Y ella, entre los dos amantes de ideas tan encontradas, adora al de las guantadas y engaña al de los brillantes.

Muchos hombres y todas las mujeres vivirían tal vez como Dios manda si no hiciera sabrosos los placeres esa prohibición que los agranda.

Cuando el amor es firme y es sincero, todos los besos saben al primero.

El hombre es tan egoísta que lo que desea siempre es que le quieran las damas doble de lo que él las quiere, y cambiar cuando se cansa, y olvidar cuando le pete, y que las víctimas sigan amándole eternamente.

Harto ya de María, Juan se empeña en que ha de sorprenderla en el momento de una infidelidad grande ó pequeña que sirva de motivo al rompimiento.

No sabe el infeliz que, si algún día logra prueba evidente de alguna falta grave de María, la ha de impedir que haya y ha de adorarla con pasión ardiente... ante la idea de que ya no es suya.

Sinesio Delgado.

La última desilusión



—¡Fíese usted de las camareras! Todo el verano haciéndome monerías y dándome esperanzas, y ahora resulta que se está despidiendo del vecino de al lado. ¡Y cómo se despide!

CHISMES Y CUENTOS

No sé, ni me importa, si cuando este número llegue á manos de ustedes se habrá resuelto la crisis; pero si hubiera sido así, y hubiese caído el partido conservador, merecido se lo tendría.

Porque no se le ocurre al diablo hacer venir al Rey desde San Sebastián entre filas de soldados y guardias civiles y hacerle entrar en la corte entre murallas de alabarderos, guardias de orden público y agentes de la secreta.

Aunque los asuntos políticos fueran como una seda, la Reina regente no podía menos de castigar la cobardía del Gobierno poniéndole inmediatamente de patitas en el arroyo.

Hacer llegar al Trono el miedo cervical de Tejada Valdosa, pongo por ejemplo, es el colmo de la torpeza.

Y menos mal si este miedo se hubiera manifestado únicamente en esas precauciones inútiles y ridículas; pero ha tenido manifestaciones más graves. Porque lo ocurrido con esos infelices de Tetuán y de los Cuatro Caminos no tiene nombre.

Fiados en la delación de un tomador, los agentes asaltan de noche las casas de algunos ciudadanos; descerrajan puertas, amenazan, amarran y llevan á la cárcel, con las buenas formas que caracterizan á los infimos representantes de la autoridad, á unos cuantos sujetos pacíficos, empeñados en que han de ser feroces anarquistas.

Y cuando el juez decreta su libertad porque queda demostrada la inocencia de los detenidos, éstos se concretan á expresar su alegría porque se ven sueltos, la prensa se conforma con relatar los hechos y escandalizarse por el abuso, y á nadie se le ocurre exigir la responsabilidad correspondiente.

Entre el cúmulo de leyes disparatadas que nos rigen, ¿no hay siquiera una (no disparatada, por supuesto) que permita á las víctimas del atropello pedir y lograr el castigo de los culpables de una equivocación de tanta trascendencia?

¿Anda paseándose tranquilamente por la vía pública el autor de la denuncia? ¿Siguen disfrutando su empleo y cobrando su sueldito el delegado, el gobernador y el ministro que, sin cuidarse de tomar antecedentes para comprobar la verosimilitud de la acusación, permitieron el desaguisado cometido con esos infelices sujetos?

¿Es que, con el pretexto de que los anarquistas son enemigos irreconciliables de la sociedad, puede cualquier ladrón meter en la cárcel á quien

se le antoje, con solo avisar á la policía que en tal ó cual parte se fraguan planes misteriosos?

¡Pues entonces estamos frescos!

Y á propósito, en este caso parece que el delator, para perjudicar á los demás, ha empezado por *confesar* que él había ayudado á la preparación de las bombas.

Parece lógico que esa confesión sirva ahora de prueba contra él, y se le aplique con todo rigor la ley de represión del anarquismo.

Pero... no tengo noticia de que se le haya ocurrido á nadie semejante cosa.

Leo:

«La noticia de la crisis llegó al Círculo liberal momentos antes de comenzar el banquete que todos los miércoles celebran algunos individuos de aquel centro desde la fundación del mismo.»

¡Hola! ¿Conque los liberales celebraban un banquete todos los miércoles? ¿Y con qué objeto? Supongo que sería para lamentar los horrores de la guerra, la miseria del país y el hambre de sus compatriotas, causado todo por la desdichada gestión de los conservadores.

Sigue:

«Ayer hubo extraordinaria concurrencia en los salones al conocerse el suceso político del día, y por esto aumentó el número de comensales, hasta ciento veinte próximamente. Reinó gran animación.»

Lo creo. Y ¿á que no saben ustedes por qué fué? Porque suponían que los iban á llamar de un momento á otro para salvar á la patria. Pagándoles el servicio, naturalmente. Porque si los llamaran para salvarla gratis, es decir, sin usufructo de destinos, la animación no hubiera sido tan grande.

Digo, me parece.

Otra noticia:

«El general Polavieja, agradeciendo las manifestaciones que recibía, parece manifestó á la Reina que estaba dispuesto á ir donde su majestad ó el Gobierno le mandaran.»

¡Ay! ¡Si le mandaran á Cuba, ya que, por lo visto, van á traer á Weyler!

El *Movimiento Católico*, mi distinguido y cariñoso colega, me ha honrado dedicándome en uno de sus últimos números el artículo de fondo nada menos, en el cual, á vuelta de muchos elogios inmerecidos que agradezco de veras, se burla muy donosamente de las teorías sostenidas en esta sección *respectivo* á la guerra de Cuba, y especialmente en lo que se refiere á un conflicto posible con los Estados Unidos,

Pero ¡caramba! eso no es una genialidad más, como parece desprenderse del texto. Porque en aquello de cá sangre y fuegos opinan como yo Weyler, que lo arrasa todo; Polavieja, que zurró de firme á los tagalos, y casi todos los militares altos y bajos que andan ó han andado por la manigua; y en lo tocante á los yankees coincide conmigo, además, el mismísimo *Movimiento Católico*, que en el mismo número y en la misma plana publica otro artículo dedicado á Mr. Woodford, muy enérgico, muy... español y muy bien escrito, sosteniendo las propias ideas expresadas en estos *Chismes y cuentos* que tanta gracia le hacen...

De todos modos, compañero, conste que estimo en lo que vale el honor que usted me dispensa.

Pero debo advertir una cosa al *Movimiento Católico*, rectificando una afirmación que hace de pasada:

Yo no soy, hace más de un año, director artístico del Teatro de Apolo. Y la prueba es que he estrenado allí una zarzuelita en la temporada anterior, y pienso estrenar otra ú otras.

Y siendo director artístico de un teatro no se puede, ó por lo menos no se debe, estrenar en él ni en ningún otro. Al menos éas son mis ideas, que puede que sean tan equivoocas como las belicosas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. P. G.—No están mal, pero casi todos adolecen del mismo defecto: el de decir cosas parecidas á las que ya se han dicho muchas veces.

Sr. D. C. C.—Digo exactamente lo mismo, añadiendo que aquello de las ñías no es de buen gusto. ¡Huya usted de eso!

Chico de limón.—Se publicarán casi todas.

Sr. D. L. L. Ch.—¡Ay, Dios mío! ¡Pero cuánto siento tener que decir otra vez que no podemos admitir artículos! Porque lo he dicho tantas...

Sr. D. M. G.—La primera es muy larga por estar demasiado diluido el asunto. La *menudencia* carece de novedad.

Feba.—¡Caramba! Ya creí que no andaba usted por el mundo. Se publicará eso, si Dios quiere.

Sr. D. P. V.—No tiene nada de particular absolutamente.

Maestro Ciruela.—De veras se agradece el aviso, porque, además de corregir un defecto, me ha enseñado usted una cosa que yo ignoraba por completo.

Sr. D. R. L.—Se publicará una, ¡Ah! tenga usted cuidado con los ripios, porque en el soneto hay una pasión insana y un sol que se afana que... vamos, no está bien en quien como usted demuestra saber lo que trae entre manos.

Incógnitus.—Tiene intención y no carece de gracia, pero el asunto es exactamente el mismo de la fabulita, y me parece mucho machacar sobre lo mismo.

Petaquilla.—El asunto es vulgarísimo, y el soneto no es muy correcto que digamos. Para no detallar mucho, fíjese usted en los dos últimos versos:

«Te formó á ti después y envió á la tierra
para que viéramos lo que era gloria.»

Ninguno es endecasílabo; porque el primero tiene doce sílabas y el segundo una acentuación imposible.

Sr. D. E. E.—Siento no poder aprovechar ninguna.

PLUMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS

SAGUDIDORES DE JUNGO Y DE ORILLO

HULES PARA MESAS Y VASARES

Completo surtido y precios ventajosos.

BURLETE

A DIEZ CÉNTIMOS METRO

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS

DE

AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS

MARCA

LA NOYESA

Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.

JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO

Vinos gallegos puros del Rivero.

A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MÁLAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Marcanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

1ª RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primera derecha

Teléfono núm. 3.180.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.